

Homilía del 2 de junio de 2019

Hoy es uno de los días verdaderamente especiales en términos de nuestra fe. Hoy es el día en el cual celebramos la Ascensión del Señor Jesús. Al principio de nuestra primera lectura y del Evangelio Jesús está preparando a sus apóstoles para su regreso al Padre. «A ellos se les apareció después de la pasión, les dio numerosas pruebas de que estaba vivo y durante cuarenta días se dejó ver por ellos y les habló del Reino de Dios». Él estaba comisionando a estos once testigos, especialmente elegidos para el camino difícil delante de ellos. Como San Lucas nos muestra, sin embargo, ellos todavía no entienden, ya que le preguntan: «Señor, ¿ahora sí vas a restablecer la soberanía de Israel?» Aún después de que todo lo que habían visto y oído, todavía están pensando en un reino terrenal. Pero Jesús responde con paciencia. Sabe que pronto recordarán y entenderán lo que el promete,

. . . dentro de pocos días ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo. . . .
cuando el Espíritu Santo descienda sobre ustedes, los llenará de fortaleza y
serán mis testigos . . . hasta los últimos rincones de la tierra.

Como los primeros Apóstoles y los discípulos nosotros también estamos siendo comisionados a ser los testigos del Señor Jesús. Encuentro consuelo y ánimo en la falta de entendimiento que los Apóstoles expresaron a Jesús, porque estoy muy consciente de mis limitaciones, mi debilidad humana, y mi pecado. Creo que la mayoría de nosotros y tal vez todos nosotros nos damos cuenta de nuestros defectos y nuestras ineptitudes. Pero debemos recordar que hemos recibido el Espíritu Santo por nuestro bautismo y confirmación. Nosotros también debemos ser testigos para nuestro Señor Jesús, sabiendo que él trabaja por medio de nosotros, ruega por nosotros, y envía al Espíritu Santo como nuestro Consolador para guiarnos y fortalecernos.

Lo repito, en esta celebración de la Ascensión del Señor, estamos siendo comisionados a ser los testigos de Jesús. Y somos testigos—buenos o malos—dondequiera que vivamos, trabajemos y nos relacionamos con otros. Primero, somos testigos dentro de la familia, y por lo tanto, muchas veces los miembros de nuestra familia son la gente más difícil a quienes somos testigos. La familia es «la iglesia doméstica». Hay muchas maneras que podemos ser testigos a los miembros de nuestra familia. Podemos rogar el uno por el otro y con el otro. Podemos recoger a nuestra familia y rogar juntos como una familia. Quizás de igual importancia podemos tratar unos a otros con respeto y expresar la apreciación por lo que hacen. Con nuestras palabras y nuestras acciones debemos apoyarlos y animarlos, no herirlos y desanimarlos.

Además, debemos ser los testigos de Jesús dentro de nuestra parroquia familiar y nuestro lugar de trabajo. En la parroquia la Iglesia encuentra su expresión más inmediata y visible, pero pasamos la mayoría de nuestro tiempo dentro de la amplia comunidad. Si queremos ser buenos testigos allí, lo que decimos y lo que hacemos deben apoyar y animar. Si no, ellas hieren y desaniman. Estos son las áreas más cercanas e importantes en las cuales vivimos y en las cuales somos testigos—nuestra familia, nuestra parroquia, y nuestro lugar de empleo.

Mientras celebramos el regreso del Señor a su Padre—su Ascensión—estamos siendo comisionados a ir desde este lugar para ser los testigos del Evangelio de vida y amor, de esperanza y paz por nuestras vidas. En este día de esperanza, ánimo, y celebración, renovemos nuestra promesa de ser discípulos fieles dondequiera que vayamos, comenzando con nuestra familia y nuestra parroquia, “como corresponde a la vocación a la que [hemos] sido [llamados] . . .” (Efesios 4:1). Que estemos listos para recibir el bendito Espíritu Santo y que él nos de poder a como dio poder a los primeros discípulos.